

OTROS ASPECTOS DEL CEI

Los necesitados: nuestros prójimos

Estar al servicio de las necesidades de los seres humanos ha sido siempre un objetivo clave para el Consejo Mundial de Iglesias.

Los necesitados nuestros prójimos

La ayuda ecuménica intereclesial comenzó movilizandolos recursos de las iglesias para aliviar el sufrimiento de las comunidades afligidas por situaciones de urgencia: hambre y sequía, tempestades e inundaciones, terremotos e incendios, guerras y conflictos civiles. El papel del CMI consistió en canalizar con espíritu ecuménico las donaciones y la ayuda material, velando por que llegaran a los más necesitados, cualquiera que fuera su afiliación religiosa. Pero a lo largo de los años sesenta fue imponiéndose la idea de que este servicio diaconal debía ir más allá de la simple caridad para extenderse a proyectos y programas de desarrollo económico y social.

No tardarían en plantearse graves problemas al optimismo inicial y a muchos de los supuestos sobre el desarrollo de esa etapa. Pero promover la justicia sigue siendo el centro del mensaje y la misión del CMI.

Esta motivación aparece claramente en las palabras del informe de la sección sobre Desarrollo Económico y Social en el Mundo de la Asamblea de Uppsala en 1968:

Las estructuras políticas y económicas "gimen" bajo el peso de graves injusticias. Pero no nos desesperamos, porque sabemos que no somos juguetes del destino. En Cristo, Dios ha penetrado en nuestro mundo y en todas sus estructuras, y ha conseguido ya la victoria sobre todos los «principados» y «potestades». Vivimos hoy día en un mundo en el que las personas necesitadas de todos los continentes son nuestros vecinos -- nuestros prójimos -- y están bajo nuestra responsabilidad. Los cristianos deberían estar en la vanguardia de esa lucha por promover la participación de todos en una sociedad universal y responsable basada en la justicia para todos.

La educación para toda la iglesia

El compromiso del Consejo Mundial de Iglesias en la educación hunde sus raíces en el trabajo de las primeras organizaciones ecuménicas, cuyos orígenes se remontan al movimiento de la escuela dominical de finales del siglo XVIII.

La educación para toda la iglesia

El papel del CMI ha consistido en dar medios a las iglesias de ejercer de su propio ministerio de enseñanza. Ha continuado el trabajo del Fondo de Educación Teológica, creado en 1958 para apoyar la formación para el ministerio en las iglesias del Sur. Gracias al Programa de Becas del CMI, miles de estudiantes han recibido formación ecuménica en el extranjero.

Durante la década de los setenta el CMI fue el centro de una actividad pionera en educación para la liberación. Su programa de educación básica para adultos prestó apoyo a la alfabetización y la educación para el desarrollo en América Latina y África.

Los programas organizados por el Consejo Mundial de Iglesias han desarrollado nuevas metodologías y formado dirigentes para promover una rica variedad de formas de estudiar la Biblia con la participación de toda la comunidad. Un aspecto fundamental de la labor del CMI ha sido la importancia dada a la relación entre la enseñanza ecuménica y la renovación de la iglesia. Este papel central de la educación fue puesto de relieve por la Asamblea del CMI celebrada en Nairobi en 1975:

La vida de la comunidad cristiana en general es formativa, y la calidad de su culto y de su trabajo determinan la calidad de la educación que reciben sus miembros. Cada congregación local está llamada a ser una comunidad que refleje el amor con que Dios vela por todos. En esta comunidad todos los miembros tienen su parte y todos deben contribuir a la vida del todo. La educación cristiana es una parte vital porque atañe a toda la iglesia y es responsabilidad de todos sus miembros.

Una comunidad humana renovada

El Programa de Lucha contra el Racismo (PLR) tiene su origen en la Cuarta Asamblea del CMI, celebrada en Uppsala en 1968: un año de fermentación y desorden en muchos lugares del mundo. En los años que siguieron, el tema de Uppsala, « He aquí, yo hago nuevas todas las cosas », se reflejó en una serie de nuevas iniciativas y programas del CMI.

Los delegados de la Asamblea se sentían muy preocupados por las proporciones que había adquirido el problema del racismo. Martin Luther King Jr, líder estadounidense del movimiento pro derechos civiles, que tenía que pronunciar el sermón inaugural en Uppsala, había sido asesinado cuatro meses antes. Invitado en lugar de King, el novelista

afroamericano James Baldwin se preguntaba: «¿Conserva aún la civilización cristiana la energía moral, la osadía espiritual, para arrepentirse y renacer?»

Por sus estudios sobre el racismo en todas sus dimensiones, desde la económica a la teológica, pasando por la educativa, y especialmente por el apoyo que prestó a los movimientos de liberación en África meridional, el PLR fue aplaudido por muchas de las víctimas de aquella lacra. Pero tropezó también con una fuerte oposición en muchos ámbitos eclesiásticos y laicos. Su tarea obligó a las iglesias a considerar seriamente la posibilidad de actuar en vez de limitarse a hacer declaraciones en nombre de la comunidad renovada, como proponía la Asamblea de Uppsala: *Desgarrados por nuestras diferencias y tensiones, no sabemos aún cómo vivir juntos. Pero Dios hace nuevas todas las cosas. Cristo quiere que su Iglesia prefigure una comunidad humana renovada. Por consiguiente nosotros, los cristianos, manifestaremos nuestra unidad en Cristo formando una verdadera comunidad de personas de todas las razas, clases, edades, convicciones religiosas y políticas allí donde estemos.*

El camino de la Cruz

Los derechos humanos estuvieron desde el primer momento en el orden del día del Consejo Mundial de Iglesias. Su Comisión de las Iglesias para Asuntos Internacionales participó en la redacción de la Declaración Universal de Derechos Humanos, aprobada apenas cuatro meses después de la fundación del CMI.

En aquellos primeros tiempos, la libertad religiosa era una especial preocupación del CMI. Pero las iglesias fueron viendo cada vez más que los derechos humanos formaban un todo indivisible. En muchos lugares las iglesias han defendido activamente y con eficacia los derechos humanos, y el CMI les ha ofrecido una plataforma internacional para abogar por ellos.

En los años setenta el CMI participó intensamente en la defensa de los derechos humanos cuando las dictaduras militares remplazaron a los gobiernos civiles en América Central y América del Sur. Gran parte del mundo cerró los ojos a los abusos de aquellos regímenes totalitarios: en el clima creado por la Guerra Fría, incluso recibieron apoyo a veces como alternativa al comunismo.

La Oficina de Derechos Humanos del CMI para América Latina trabajó infatigablemente para apoyar los valerosos esfuerzos de las iglesias y de los grupos relacionados con ellas para proteger a las víctimas y prestar ayuda a las fuerzas de liberación.

Esta experiencia estaba en el espíritu de los delegados en la Asamblea de Vancouver cuando hicieron su declaración sobre los derechos humanos:

Hemos pasado de una fase de mera reflexión a otra de compromiso concreto en la lucha por los derechos humanos. Al hacerlo hemos descubierto cuán difícil y doloroso resulta ocuparse de los derechos humanos y de las violaciones de esos derechos. Hemos descubierto que, al promover los derechos de las mujeres, de los jóvenes, de los niños y de los impedidos, las iglesias tienen que examinar, y a menudo modificar, sus propias estructuras y métodos de acción. En la lucha por la justicia, muchos cristianos están reviviendo el camino de la Cruz.

El anuncio del Reino de Dios

A finales de los años setenta, en el Consejo Mundial de Iglesias había una conciencia cada vez más clara de que, a pesar de las energías volcadas en los proyectos de desarrollo, y a pesar de las posibilidades que ofrecían la ciencia y la tecnología, el número de pobres en el mundo era cada día mayor.

«La iglesia de los pobres» se convirtió en uno de los temas centrales del CMI. El Consejo intensificó su estudio de los sistemas económicos mundiales e indagó ampliamente en busca de los elementos de una visión de la sociedad que fuera «justa, participativa y viable».

Mediante los programas de Misión Urbana y Rural, el CMI prestó ayuda financiera y otro tipo de apoyo a grupos comunitarios relacionados con las iglesias, ayudando a los pobres a organizarse.

La Conferencia Mundial sobre Misión y Evangelización, reunida en Melbourne en 1980, consideró que los pobres debían ser los beneficiarios de la labor misionera contemporánea. Los participantes destacaron el vínculo que Jesús estableció en su propio ministerio entre el advenimiento del Reino de Dios y la proclamación de la Buena Nueva a los pobres.

El mensaje de Melbourne desentrañaba las implicaciones del tema de la Conferencia, «Venga a nosotros tu Reino»:

Nuestra oración, «Venga a nosotros tu Reino», debe expresar nuestra solidaridad con el clamor de los millones de personas que viven en la pobreza y en la injusticia. En un mundo así, el anuncio del Reino de Dios nos llega a todos: llega a los pobres y engendra en ellos la capacidad de afirmar su dignidad humana, su liberación, su esperanza; para el opresor es juicio y llamada al arrepentimiento.

Encuentro con creyentes de otras religiones

¿Qué significa la existencia en el mundo de religiones diferentes del cristianismo? ¿Cómo actúa Dios por medio de ellas? ¿Cuál debería ser la actitud de los cristianos con los creyentes de otras religiones?

Encuentro con creyentes de otras religiones

Preguntas como éstas estaban ya en el orden del día de la Conferencia Mundial sobre Misión celebrada en Edimburgo en 1910. Pero sólo en los años setenta, y en especial por la influencia de las minoritarias iglesias cristianas de Asia, el diálogo interreligioso pasó a ser uno de los intereses prioritarios del CMI. Al estimular y apoyar a las iglesias en sus relaciones con los budistas, hindúes, judíos y musulmanes que son parte de su comunidad, el Consejo Mundial apunta a un auténtico diálogo comunitario más allá de la reflexión abstracta sobre similitudes y diferencias entre las religiones. Para algunos cristianos las cuestiones teológicas que se plantean en el diálogo interreligioso son profundamente perturbadoras; y en las conferencias misioneras y las asambleas del CMI se han manifestado opiniones muy divergentes sobre la relación entre diálogo y evangelización. A pesar de esta tensión entre diálogo y testimonio, la Conferencia Mundial sobre Misión y Evangelización del CMI celebrada en San Antonio en 1989 insistió en que eran indisociables.

Un diálogo auténtico es un diálogo entre creyentes realmente comprometidos con su religión. La convivencia con personas de otras religiones e ideologías significa, ante todo, estar dispuestos a aceptar el compromiso de esos creyentes. En el diálogo se nos invita a abrirnos a la posibilidad de encontrar al Dios que conocemos en Jesucristo en la vida de nuestros prójimos de otras religiones.

Nuestra visión Eucarística

A lo largo de los siglos las divisiones entre las iglesias se han manifestado especialmente, y a veces de manera muy acerba, en torno a tres puntos centrales de la enseñanza y la práctica cristianas: bautismo, eucaristía y ministerio. Reunida en Lima en 1982, la Comisión de Fe y Constitución del Consejo Mundial de Iglesias decidió enviar a las iglesias un texto ecuménico en el que se exponían ámbitos de convergencia en torno a esos tres puntos, requiriendo respuestas oficiales. El texto de Lima sobre Bautismo, Eucaristía y Ministerio fue ampliamente reconocido como un importante paso en favor del ecumenismo. Las iglesias han hecho importantes progresos en el camino para el reconocimiento recíproco del bautismo. Pero las diferentes formas de entender el ministerio de la iglesia -- en especial por lo que respecta a la función de obispo y a la ordenación de las mujeres -- siguen siendo un obstáculo para que las iglesias se reconozcan. Y el hecho de que no sea posible que todas las iglesias se unan en una misma celebración de la eucaristía sigue siendo una de las manifestaciones más dolorosas de su división. Lo que está en juego no son meras cuestiones a debatir por estudiosos y teólogos profesionales de la iglesia. La Asamblea del CMI celebrada en Vancouver en 1983 consideró la «visión eucarística» como algo clave no sólo para la unidad de la iglesia, sino también para la renovación de la humanidad:

Cristo, vida del mundo, un cielo y tierra, Dios y el mundo, lo espiritual y lo secular. Su cuerpo y su sangre, dados a nosotros en el pan y el vino, integran la liturgia y el diaconado, la proclamación y los actos de curación. Nuestra visión eucarística abarca la realidad total del culto, la vida y el testimonio cristianos y, cuando la descubrimos realmente, arroja nueva luz a la unidad cristiana en la riqueza plena de su diversidad.

No hay ecumenismo sin conversión

La Iglesia Católica Romana se mantuvo distanciada del Movimiento Ecuménico en sus primeras etapas. En 1928, una encíclica del papa sugería que la unidad de la iglesia sólo es posible si todos los cristianos retornan a la Iglesia Católica Romana. Diez católicos fueron invitados como observadores a la Primera Asamblea en Amsterdam, en 1948, pero el Vaticano no les permitió asistir. Todo esto cambió con el Concilio Vaticano II (1962-1965). Su Decreto sobre el Ecumenismo se convirtió en la declaración oficial del compromiso de la Iglesia Católica Romana con el Movimiento Ecuménico. Muchas organizaciones ecuménicas nacionales y regionales incluyen hoy a la Iglesia Católica entre sus miembros; y muchas iglesias miembros del CMI han participado en diálogos teológicos oficiales con la Iglesia Católica. Tras detenida reflexión, a principios de los años setenta la Iglesia Católica Romana decidió no adherirse al Consejo Mundial de Iglesias, pero sigue habiendo una colaboración constante entre ambas instituciones en muchos terrenos, en particular, en la Comisión de Fe y Constitución. Las visitas oficiales de los papas -- Pablo VI en 1969, Juan Pablo II en 1984 -- a las oficinas del CMI en Ginebra han puesto de manifiesto tanto las promesas como las dificultades de las relaciones entre el Consejo y la Iglesia Católica Romana. Según el Decreto sobre el Ecumenismo, la superación de los obstáculos para alcanzar la unidad de la iglesia requiere algo más que estudios teológicos y negociaciones entre los dirigentes eclesiásticos:

No existe auténtico ecumenismo sin una conversión interior. Tenemos que pedir, por tanto, al Espíritu divino, la gracia de una sincera abnegación, humildad y mansedumbre en el servicio, y una liberalidad fraterna para con los otros. La conversión del corazón y la santidad de la vida, y las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos se deben considerar como el alma de todo el Movimiento Ecuménico.

Una "unidad" mundial

El Consejo Mundial de Iglesias siempre ha insistido en que la búsqueda de la unidad de la iglesia está inseparablemente relacionada con la realidad de que la humanidad es una sola familia que vive en un solo mundo.

Para los participantes en la Asamblea de Amsterdam, las experiencias de la Segunda Guerra Mundial fueron una clara demostración de que las divisiones del mundo suelen dividir también a la iglesia. En el esfuerzo en favor de la unidad, las iglesias no sólo deben resolver sus tradicionales discrepancias teológicas: han de enfrentarse asimismo a esas divisiones.

La esperanza de un nuevo orden mundial en los años de posguerra, en el que instituciones internacionales como las Naciones Unidas o el propio CMI desempeñarían un importante papel para superar las divisiones del pasado, se vieron a menudo frustradas durante los cuarenta años siguientes de Guerra Fría. Entre tanto, cada vez eran más las voces que alertaban a las iglesias sobre una brecha tal vez más profunda en la familia humana: la que se estaba abriendo entre el Norte y el Sur.

Con el final de la Guerra Fría en los primeros años de la década de los noventa, y con el triunfo de la economía de mercado sobre los sistemas socialistas, volvió a hablarse de un nuevo orden mundial. La expresión «un solo mundo» se interpretó cada vez más en el sentido de un mercado único.

El CMI ha expresado duras críticas contra ese proceso de "mundialización". Un texto del Comité Central en 1997 llama la atención sobre una notable divergencia entre dos concepciones de la unidad:

El surgimiento de estructuras de comunicación, financieras y económicas transnacionales de un alcance cada vez mayor ha creado una unidad mundial de carácter particular. El costo de esa unidad mundial ha sido una fragmentación creciente de la sociedad y la exclusión de más y más personas de la familia humana. Esta situación constituye una grave amenaza para la integridad del Movimiento Ecuménico, que representa un modelo peculiar de relaciones, basado en la solidaridad y el compartir, la responsabilidad y el fortalecimiento mutuos.

El ministerio de reconciliación

Durante los años noventa, tensiones que habían permanecido latentes entre grupos étnicos y nacionales desencadenaron conflictos abiertos en muchas partes del mundo.

Con demasiada frecuencia los celos y las sospechas -- nacidos de dolorosos recuerdos históricos, la injusticia económica y la inseguridad, del desconocimiento y de los falsos estereotipos de los otros -- se manifiestan violentamente, ocasionando terribles sufrimientos y fomentando el odio y la alienación para las generaciones futuras.

Lamentablemente, las fidelidades religiosas, en lugar de servir como recurso para la solución pacífica de esos conflictos, a menudo son utilizadas para atizarlos. Cuando las convicciones religiosas de uno o más bandos en conflicto se identifican a sí mismas como cristianas, la situación es particularmente dolorosa para las iglesias.

Ese fue el caso en dos de las grandes tragedias de los años noventa: la guerra civil en la ex Yugoslavia y el genocidio en Rwanda, país de África que cuenta con el porcentaje más alto de cristianos.

Conflictos así interpelan al Consejo Mundial de Iglesias, así como a la comunidad ecuménica mundial y le recuerdan el firme compromiso que ha contraído de formar una única familia humana en la justicia y en la paz. ¿Cómo puede el CMI ayudar a las iglesias a desempeñar un ministerio de reconciliación?

El llamamiento a ese ministerio y los costos que conlleva fueron descritos de esta forma por la Asamblea de Canberra en 1991:

Dios y la humanidad se reconciliaron mediante el costoso sacrificio que vemos en la Cruz de Cristo. Nuestra opción por la reconciliación y nuestra aceptación del ministerio de reconciliación son también costosas. Aceptando ese ministerio de reconciliación, nos transformamos en un pueblo misionero, y compartimos la misión divina de conducir a la humanidad a la comunión con Dios a través de Cristo en el poder del Espíritu, compartiendo con todos nuestra fe y nuestros recursos.

Un movimiento de resistencia contra el fatalismo

«Justicia, Paz e Integridad de la Creación» (JPIC) fue un tema central del Consejo Mundial de Iglesias a partir de la Asamblea de Vancouver, celebrada en 1983."

No se trataba de que el Consejo emprendiera nuevos programas : el objetivo de JPIC era, más bien, instar a las iglesias a que se comprometieran mutuamente a combatir la injusticia, la guerra y la violencia, y la destrucción del medio ambiente.

Una idea clave era la de que esa lucha por los tres objetivos de JPIC es una sola lucha y que comprometerse en ella no es una opción más para las iglesias, sino que forma parte integrante de su propia naturaleza.

Hasta entonces el Consejo había dedicado mucha más atención a la justicia y a la paz que a la creación. Al plantearse ahora un nuevo debate ecuménico sobre la creación, se puso especial empeño en escuchar a teologías diferentes de la occidental, basada sobre el dominio de los seres humanos sobre la creación.

Entre las voces que se oyeron no faltaron las de los pueblos indígenas. La toma de conciencia de la comunidad ecuménica de las preocupaciones de esos pueblos cobró mayor importancia con la presencia de indígenas de Canadá en la Asamblea de Vancouver y de aborígenes australianos en la Asamblea de Canberra.

Enfrentados a las fuerzas de la muerte, los pueblos indígenas y otros que se han visto forzados a la marginación han enseñado al Movimiento Ecuménico lecciones sobre la esperanza como las que se expresan en el documento final de la Convocación de JPIC en Seúl en 1990:

La conversión es la puerta hacia una nueva y firme esperanza: la convicción de que el curso de la historia puede cambiar. Pero a menudo nos asaltan dudas. La esperanza cristiana es un movimiento de resistencia contra el

fatalismo. Queremos compartir esta esperanza con todas las personas. Queremos aprender de su experiencia y de la esperanza con la que se sostienen en su lucha.

Sólo una iglesia curada puede proclamar la curación

Desde que se diagnosticaron los primeros casos de SIDA, hace apenas veinte años, y se identificó el virus de inmunodeficiencia humana (VIH), esta enfermedad ha cambiado radicalmente la vida de personas, comunidades y naciones en todo el mundo.

El SIDA tuvo también un profundo efecto en la vida y el ministerio de las iglesias, y rápidamente pasó a ser una de las principales preocupaciones del Consejo Mundial de Iglesias. Una de las primeras iniciativas del Consejo fue elaborar y distribuir material didáctico sobre la enfermedad entre los agentes de salud de los países del Sur, donde se disponía de escasos recursos de este tipo.

En 1994 el Comité Central designó un grupo ecuménico consultivo integrado por especialistas en diversas disciplinas a los que se les pidió que examinaran la respuesta de las iglesias frente al SIDA desde tres perspectivas diferentes: teología y ética, justicia y derechos humanos, y atención pastoral.

El informe elaborado por ese grupo describió el SIDA como «un foco que ha revelado muchas injusticias latentes en nuestras comunidades y que hasta ahora no habíamos tenido el coraje de afrontar».

Este enfoque del SIDA como cuestión pastoral apunta a una larga tradición ecuménica de ayudar a las iglesias a asumir seriamente su papel como comunidades terapéuticas.

Tal vez en otro tiempo el vínculo entre las iglesias y la curación era mucho más evidente en la misión médica. Pero hoy se reconoce cada vez más que la curación y la salud integral requieren algo más que atención médica.

Las dificultades de las iglesias para responder a la pandemia del SIDA ponen en evidencia la indisoluble relación que existe entre curar y ser curado. Como se expresó en el mensaje de la Conferencia Mundial de Fe y Constitución celebrada en Santiago de Compostela en 1993:

La iglesia está llamada a ser señal e instrumento de la voluntad universal de Dios, la recapitulación de todas las cosas en Cristo. Sólo una iglesia que ha sido curada puede proclamar la curación al mundo de un modo convincente.

La prueba de nuestra vocación ecuménica

El vínculo entre la unidad de la iglesia y su misión en el mundo se expresa en la oración de Jesús para que sus discípulos fueran uno para que el mundo crea.

La visión ecuménica de la unidad de la iglesia debe mucho a quienes fueron enviados como misioneros a otras tierras a finales del siglo XIX y comienzos del XX.

Pero a medida que las iglesias establecidas por esos misioneros comenzaron a tener voz independiente en el CMI, fue desarrollándose una comprensión más crítica de la misión extranjera occidental.

Los misioneros a menudo estuvieron al servicio de los poderes coloniales que los acompañaban pero rara vez escucharon a aquellos a quienes anunciaban el Evangelio. Con frecuencia confundieron la vocación de proclamar el mensaje del cristianismo con la imposición de sus propias ideas culturales y normas.

Como observó en 1982 la importantísima Afirmación Ecuménica sobre Misión y Evangelización del Consejo Mundial, muchas personas se han alejado del cristianismo por lo que han visto en la vida de los cristianos.

Y, sin embargo, sigue en pie el llamamiento a ser todos testigos de la fe cristiana, porque «todas las personas tienen derecho a oír la buena nueva».

La importancia de la tarea misionera en la búsqueda de la unidad de la iglesia fue expresada por Philip Potter, ex secretario general del CMI, en una alocución a un sínodo de obispos católicos en 1974:

La evangelización es la prueba de nuestra vocación ecuménica... El desafío con que se enfrentan hoy las iglesias no es tanto la indiferencia del mundo moderno ante el mensaje evangélico, sino más bien la renovación de su vida y su pensamiento para que sean auténticos testigos de la integridad del Evangelio.

Solidaridad con las mujeres

Incluso antes de su fundación oficial, el lugar de las mujeres en la iglesia era un asunto de particular interés y preocupación para el Consejo Mundial de Iglesias.

Con anterioridad a la Asamblea de Amsterdam, se preparó un cuestionario para documentar las muchas contribuciones específicas de las mujeres a la vida y el ministerio de las iglesias durante los años de la guerra. La Asamblea recibió un informe sobre las respuestas, y de ahí surgió la idea de crear una comisión permanente del CMI para coordinar y fomentar actividades relacionadas con el ministerio de las mujeres.

La preocupación por la participación de las mujeres en la vida de las iglesias, en particular, la cuestión de su ordenación para el ministerio, ha continuado siendo objeto de intensos debates y a veces de áspera controversia en muchas iglesias. Al mismo tiempo se ha ido desarrollando la conciencia de los dones específicos que las mujeres aportan a las iglesias y al Movimiento Ecuménico.

Y la atención especial prestada por el Consejo Mundial se plasmó en la decisión de declarar el Decenio Ecuménico de Solidaridad de las Iglesias con las Mujeres, de 1988 a 1998.

A mediados de este decenio el CMI organizó un amplio programa de visitas a las iglesias. Unos 75 equipos formados por cuatro personas se entrevistaron con los dirigentes de iglesia, con grupos y movimientos de mujeres, con

pastores y laicos, con profesores y estudiantes de teología, pertenecientes en su gran mayoría a las iglesias miembros del CMI.

Estas visitas demostraron ser uno de los medios más eficaces para dar cumplimiento al mandato de la Asamblea de Canberra:

Profundizar la solidaridad de las iglesias con las mujeres en la iglesia y en toda la sociedad debería ocupar un lugar central en las actividades del Consejo Mundial de Iglesias. Hemos de seguir reforzando la solidaridad con las mujeres en todas nuestras iglesias miembros, para recibir plenamente sus dones, aportaciones y perspectivas.